

Tema 7: María al pie de la cruz

(Misal y leccionario: n. 12: Junto a la cruz)

El sí a la anunciación, mostraba su disponibilidad de María al servicio del Redentor como madre.

Simeón le anuncia, con la imagen de la *espada*, su participación en el sacrificio de su Hijo, *signo de contradicción*. Pero incluso antes de su compasión al pie de la cruz, la espada está presente:

- en la huida a Egipto
- y pérdida y hallazgo en el templo;
- luego la participación en la vida pública de las alegrías y dificultades,
- en el rechazo de Nazaret,
- y en la creciente hostilidad contra Jesús de las autoridades religiosas, discusión con los fariseos que incluso lo intentan apedrear.

La sociedad Jesús-María culmina en Jerusalén, en el momento de la pasión y muerte del Redentor. Ella se encontraba en Jerusalén como testimonia el evangelio de san Juan.

Hoy vamos a meditar juntos en algunos textos del Vaticano II, en los cuales se habla de la colaboración de María en la obra de la redención, y el comentario que de ellos hace Juan Pablo II, en sus catequesis marianas.

1. Al pie de la cruz

a) El Vaticano II, en su constitución dogmática *Lumen Gentium*, afirma de María:

“mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz”...

Y al pie de la cruz:

“sufrió intensamente *con* su Hijo y *se unió* a su sacrificio con corazón de Madre que, llena de amor *daba su consentimiento* a la inmolación de su Hijo como víctima” (LG 58).

Y comenta Juan Pablo II en una de sus catequesis:

“El conc. nos recuerda la compasión de María en cuyo corazón repercute lo que Jesús padece en el alma y en el cuerpo, subrayando su voluntad de participar en el sacrificio redentor y unir su sufrimiento materno a la ofrenda sacerdotal de su Hijo” (JP II, *Audiencia general*, 02 marzo 1997, n. 2).

b) No se trata de mera resignación pasiva (como aquel que dice: “no hay más remedio”, o: “ya no se puede hacer otra cosa”...); sino que se trata de un auténtico acto de amor, con el que ofrece a su Hijo como víctima de expiación por los pecados de toda la humanidad.

Con la expresión “asociarse a su sacrificio” se muestra que María siempre aparece asociada-subordinada a su Hijo, acompañándolo.

c) Juan narra que *junto a la cruz de Jesús estaba su madre* (Jn 19, 25). El Verbo “estar”, recordaba JP II: significa “estar de pie”, “estar erguido”. “Así el evangelista presenta la dignidad y la fortaleza de María” (AG, n. 3).

2. El estar erguida

Dice JP II:

“recuerda su inquebrantable firmeza y su extraordinaria valentía para afrontar los padecimientos. En el drama del Calvario, a María la sostiene la fe, que se robusteció durante los acontecimientos de su existencia y, sobre todo, durante la vida pública de Jesús. El Concilio recuerda que ‘la bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz’ (*Lumen gentium*, 58).”

Así:

“A los crueles insultos lanzados contra el Mesías crucificado, ella, que compartía sus íntimas disposiciones,

responde con la indulgencia y el perdón, asociándose a su súplica al Padre: *Perdónalos, porque no saben lo que hacen* (Lc 23, 34).

Participe del sentimiento de abandono a la voluntad del Padre, que Jesús expresa en sus últimas palabras en la cruz: *Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc 23,46), ella da así, como observa el Concilio, un consentimiento de amor ‘a la inmolación de su Hijo como víctima’ (*Lumen gentium*, 58)” (AG, n. 3)

“En este supremo ‘sí’ de María resplandece la esperanza confiada en el misterioso futuro, iniciado con la muerte de su Hijo crucificado. Las palabras con que Jesús, a lo largo del camino hacia Jerusalén, enseñaba a sus discípulos *que el Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar a los tres días* (Mc 8, 31), resuenan en su corazón en la hora dramática del Calvario, suscitando la espera y el anhelo de la Resurrección”.

Ella que estaba de pie junto a la cruz, estará ausente al momento en que las mujeres, pasado el reposo del sábado, el domingo temprano quieren dar su homenaje al Maestro muerto. No va, no las acompaña, no porque esté encerrada en su dolor, sino porque conserva en su corazón la fe en la promesa de Cristo: *al tercer día resucitaré* y la esperanza de su triunfo: “mujer-madre, ahora *hago nuevas todas las cosas*”, tal como promete al buen ladrón: *hoy estarás conmigo en el Paraíso...* las puertas del cielo, ahora están abiertas:

“La esperanza de María al pie de la cruz encierra una luz más fuerte que la oscuridad que reina en muchos corazones: ante el sacrificio redentor, nace en María la esperanza de la Iglesia y de la humanidad” (AG, n. 4).

Al pie de la cruz, María recuerda la promesa de Cristo, cree y espera el triunfo definitivo de su Hijo.

A modo de conclusión. No se trata de algo accidental, o compasión pasiva, sino que María participa activamente en el ofrecimiento de su Hijo para la redención del mundo.

No sufrió en el parto de su Hijo, fue madre-virgen, sufre enormemente dando a luz a sus hijos adoptivos.

Preguntas:

1. ¿Comprendo las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia sobre la cooperación de María junto a su Hijo?
2. ¿Me doy cuenta que ese fue el modo “con dolores de parto”, que la Virgen se convirtió en Madre nuestra?